

LIBRO XII

LA MADRE DE DIOS



Capítulo I

De potencia á potencia

El tiempo pasó sin traer en ninguno de sus instantes alivio alguno á las penas que afligian á los personajes de nuestra historia.

Verdadero atormentador del que sufre, sólo parece que los días del sufrimiento cuentan con mayor número de horas que los de la felicidad.

Autor de la humana desdicha le han creído siempre los que padecen, y se le caracteriza y representa devorando á sus propios hijos, porque nada respeta ni conserva, en su insaciable sed de destrucción y de ruinas.

De su horrible guadaña ha hecho la muerte el arma principal de que se sirve.

Esta es su hermana é inseparable compañera.

Obra siempre de acuerdo con ella, y á su voz la muerte deja sus antros para ejecutar sin réplica sus sentencias.

Es ligero con el que goza; pesado con el que sufre; y nunca, cuando con impaciencia se le espera, apresura su tardío paso.

O llega tarde ó nunca llega.

Lavar las sangrientas heridas que deja en el corazón humano, nadie lo ha conseguido.

Ría de él quien pueda decir que nunca ha sufrido: llórenlo aquellos que por los días de su vida cuentan el tiempo de su padecer.

Jerónimo Ruiz podía felicitarse de haberse librado de sus enemigos.

Cualquiera que fuese el término del proceso abierto contra los Ponce por el juez que de sus crímenes conocía, la obra de difamación no dejaría de producir sus efectos funestos.

A nadie podría ocultársele que después de la revelación hecha por Juana de la Cueva, si nada se intentaba contra ellos por los asesinatos de Nuño López de Cardona y de Felipe de Rioja, no sería por falta de motivos para proceder, sino por influencias de la condesa de Peralta, interesada en no dar escándalo sobre la conducta infiel de su marido, y por compasión ó punible indiferencia de Isabel de Rioja.

Así lo dijo á quien oírle quiso el pérfido Jerónimo Ruiz, y su dicho corrió entre la generalidad de las gentes como siempre corre todo lo que se refiere á escándalo y murmuración.

A ese escándalo, á esa murmuración, cooperó más que nadie Jerónimo, comprando el silencio del juez, que ningún inconveniente tuvo en dejarse comprar, en la seguridad de que si él se hubiese negado á ello, por

un raro rasgo de no común dignidad, cien de sus compañeros habríanse propuesto en venta á Jerónimo Ruiz.

El juez se contentó con arreglar el asunto de manera de que nadie pudiese acusarle por su delito, sin grave riesgo de ser procesado por difamador.

Ya en aquel tiempo sabían los jueces hacer estas cosas sin dejar tras de sí cola que les pudiese ser pisada.

Jerónimo participó á la condesa que, según sus deseos, habiáse echado tierra al asunto de los Ponce, y que por lo tanto no saldrían ya á luz los accidentes de la vida marital de Cardona, y la condesa premió su eficacia anunciándole que había decidido á Catalina á otorgarle su mano de esposa.

Jerónimo, no obstante, no las tenía todas consigo, y con cierta inquietud solicitó de Catalina una entrevista.

La joven se la concedió desde luego sin inconveniente, y el falso enamorado se presentó ante ella cortado, vacilante, y como inseguro en su papel.

Catalina tuvo que animarle y abrir la conversación, diciéndole:

—Sentaos, Jerónimo Ruiz, y hablad: sin duda tenéis mucho que decirme.

—Tal vez no sea así, si como creo vuestra madre la condesa os ha enterado...

—Sí, algo me ha dicho del plan que entre ella y vos combinasteis; pero ha sido poco, muy poco: el asunto tenía para mí pocos atractivos.

Casi ha llegado á serme todo indiferente.

—No puedo creerlo, Catalina, estáis en los primeros días de la primavera de vuestra vida, y durante ellos no brotan de juveniles corazones el desencanto y el escepticismo, que son plantas del invierno de vida.

¡Indiferente á todo!

No; no puedo creerlo.

¿Acaso no tenéis una madre virtuosa y ejemplar?

¿Acaso no sabéis que, cualesquiera que sus defectos sean, existe un hombre que os ama con idolatría?

—Jerónimo Ruiz,—replicó la joven con cierta impaciencia y gravedad:—os ruego, si queréis con ello complacerme, que no malgastéis vuestras galanterías: en mi situación actual no sabría agradeceréaslas.

Jerónimo se mordió los labios, pero disimulando su disgusto observó con amabilidad:

—Sin embargo, la condesa se ha servido decirme que os dignabais otorgarme vuestra mano de esposa.

Catalina palideció mortalmente, y respondió:

—Si mi madre lo ha dicho, ya sabéis todo cuanto yo pudiera deciros.

La joven, nada pudo decir más: las lágrimas ahogaban su voz.

Jerónimo pareció conmovirse, y poniéndose en pie retiró el sitial que ocupado había, como si se preparase á salir de la habitación.

—Conozco que os molesto,—dijo,—y si es así, voy á obsequiar vuestros deseos.

—¡Oh! no, no os vayáis,—replicó Catalina procurando tranquilizarse,—deseo hablar con vos.

—Mejor será que lo dejemos para otra vez; ahora, no lo neguéis, no estáis tranquila: las lágrimas os ahogan; permitidme retirarme, y si lográis tranquilizaros mandadme llamar, esperaré vuestras órdenes sin salir de mi habitación.

—No, no os vayáis, os lo suplico: más tarde me faltará, lo mismo que ahora, la calma necesaria.

—Pensadlo bien, Catalina: puedo esperar cuanto gustéis, porque, creedlo, tengo una absoluta confianza en vos.

La condesa ha tenido la bondad de asegurarme que no cambiaréis de parecer respecto á nuestra boda.

Si así es, y repito que no lo dudo, os juro, Catalina que cualquiera que sea el sacrificio que ello me cueste, no trataré por ningún medio, bajo ningún pretexto, de apresurar nuestro enlace.

Un día como un año, me es igual; y no porque yo no ambicione que el plazo sea lo más corto posible, sino porque deseo daros tiempo para pensar que yo también merezco ser amado, no por méritos y prendas personales, pero sí porque un amor tan sincero, ardiente y acendrado como el mio, es digno del premio de una semejante correspondencia.

A vos toca decidir el instante feliz de la recompensa, hasta que vos no habléis, os lo juro otra vez, Catalina, nada os preguntaré á este respecto.

Deseo convenceros de que tratáis á un caballero.

—No quiero dudarle, y sin embargo, Jerónimo Ruiz, ¿por qué no puedo vencer la antipatía que me inspiráis?

Os estremecéis de ira, Jerónimo Ruiz, y sin embargo no retracto mi dicho: debéis ser mi esposo; mi madre lo quiere; yo no puedo á ello oponerme: mi obligación es la de ser con vos tan franca como el asunto y mi situación lo exigen.

No quiero que por ningún título que el día de mañana podáis creerlos facultado para hacerme cargos de ninguna especie.

Necesito hacer constar de un modo franco y evidente, que si en ser vuestra esposa he consentido, mi consen-

timiento me lo han arrancado mis deberes filiales y las circunstancias, sin que en ello haya entrado en lo más mínimo mi voluntad.

—Catalina,—observó Jerónimo, procurando mantenerse en los límites de las conveniencias sociales,—reconozco en la dureza de vuestras expresiones, no la antipatía, como habéis dicho, sino el odio que os inspiro.

Otro hombre que yo no fuese, dejaríase dominar por su amor propio, y de un modo más ó menos inconveniente, gustoso tal vez, se retiraría de vuestra presencia, odiándoos como vos pudieseis odiarle.

Pero yo no puedo ni deseo hacerlo así, porque de tal manera os amo, que en sufrir vuestras injurias, permitirme que así las llame, creo contraer un nuevo mérito ante vos.

Proseguid, por lo tanto, hablando cuanto tengáis que hablar, y si como acabáis de notarlo, volviésete á ver que en mi semblante se revela la ira del hombre cruelmente lastimado, no paréis mientes en ello, y estad segura que el amante, todo, absolutamente todo os lo perdonará.

—No os lo agradezco,—contestó secamente Catalina;—vuestra moderación no me conquistará, y sólo podríais obligar mi gratitud, hundiendo en mi corazón vuestra daga, y quitándome la vida: ya veis cuan segura estoy de que á vuestro lado no podré ser feliz.

—¡Por Dios vivo! y dispensadme, Catalina, la imprección, la prueba á que me sometéis, es sobradamente dura y cruel, pero, lo repito, no lograréis matar en mí el amor que me inspiráis.

Proseguid, proseguid, no seáis implacable prolongando mi suplicio.

—¡Ah! ¿queréis que yo os vea con la piedad que no queréis verme á mí?

No, Jerónimo Ruiz; no puedo tenerla de vos.

No os amo, y queréis hacerme vuestra esposa sin embargo ¿qué es, pues, lo que en mí buscáis? ¡oh! decidlo pronto, respondedme pronto, porque la vergüenza y la indignación trastornan mi cerebro.

¿Calláis? Jerónimo Ruiz, ¿por qué calláis?

¿Queréis obligarme á entrar en el infierno de penas espantosas que será para mí este matrimonio, y pretendéis que yo acepte el sacrificio como paciente oveja?

No; yo no puedo aceptarlo así.

Yo necesito que irritado como hombre, ó indignado como caballero, hagáis vos lo que yo no puedo hacer; quiero decir que me devolváis la promesa que mi madre me arrancó, que os neguéis á ser mi esposo.

—Es decir, que consienta en que mi odiado rival Alvar Ponce de León sea vuestro marido: ¿no es verdad?

—No lo es: Jerónimo Ruiz: no puedo ser la esposa de ese desventurado.

—¿Por qué no? Acaso la condesa no os ha facilitado el vencimiento de la mayor dificultad, obligándome á no desenmascarar á los cobardes asesinos de vuestro padre?

Si ella tan indulgente es como esposa ¿no podríais vos serlo otro tanto como hija?

—Notad, Jerónimo Ruiz, que vos sois ahora el agresor, y que al tomar la ofensiva podríais faltar á esas famosas leyes de la caballerosidad.

Si acaso yo os herí, herí al amante: vos habéis comenzado hiriendo á la esposa y á la hija.

Y mal, creedlo, las heristeis, porque por lo que á la

hija respecta, puedo aseguraros que no tenéis derecho á reprocharle su indulgencia.

Os dije, *no puedo ser la esposa de ese desventurado.*

Debisteis haberme comprendido.

—¡Ah! ¿entonces ya no le amáis?

—No sé si le amo, pero sé que no puedo amarle.

Catalina no pudo reprimir su pesar, y las mal contenidas lágrimas rompieron al fin las vallas de su voluntad.

Capítulo II

Los mendigos

HERÓNIMO Ruiz sonrió con indefinible expresión de infernal contento.

—¡Al fin,—dijo,—os confesáis vencida por la cruel evidencia!

Al fin os convencéis de lo bajo, miserable é indigno del objeto en que pusisteis vuestro amor.

¡Ah! no quiero abusar de vuestro infortunio, que al fin y al cabo tiene remedio, pues no es posible que ni aún el pesar de una desilusión semejante dure mucho tiempo.

Dios es misericordioso y tendrá piedad de vos.

¡Ojalá permita que yo pueda contribuir á hacerlos olvidar ese bárbaro desengaño!

Con gran elemento cuento para ello, Catalina, porque os amo con idolatría y el amor vence las más cruentas penas.

Pero si yo no os amase, si cediendo á vuestros deseos, las injurias que habéisme inferido hubiesen logrado obligarme á aborreceros, ¿cuánto no se me prestaría la ocasión para tomar cruel venganza de vuestros desdenes?

Inspirado por esa venganza podría decirlos:

«Hé ahí á vuestro amante.

»Un galeote: un presidiario.

»¿Y le creísteis digno de vuestro amor!

»¿Y creísteis sin duda que él os amaba!

»Amaros cuando sin duda asesiné á vuestro padre para robarle esa fortuna de que un hombre justo le privó, en castigo tal vez de crímenes semejantes al que con vuestro padre cometió.

»Lo que vos supusisteis amor no fué, quizás, más que el disfraz de un cálculo, de un plan horrible.

»Necesitaba casarse con vos para adquirir títulos legítimos á la posesión de esa cuantiosa herencia.

»Para eso asesiné á vuestro padre, único hombre que había podido estorbarlo.

»Muerto él, ¿qué otro enemigo podría temer?

»Sólo habíais quedado dos mujeres.

»Una niña; vos.

»Una dama que por ley natural, Dios había de llamar á su seno antes que á vos.

»Huérfana la niña, ¿á quién mejor podría haber ocurrido en su desamparo que al hombre que durante largos años la había hecho objeto de una bien fingida pasión?»

Hé aquí una parte de lo que yo pudiera haberos dicho para vengarme, sin que vos hubieseis podido replicarme ni combatir mis argumentos.

Catalina, yo os lo ruego; suspended la manifestación de vuestro dolor, sed franca conmigo y decid si no es

cierto que poco más ó menos pensáis á vuestra vez como yo pienso.

¿Podéis disculpar á los Ponce de León?

—No, no puedo hacerlo, Jerónimo Ruiz,—contestó Catalina, hablando con dificultad por exceso de dolorosa emoción.

No llego en mis presunciones al extremo cruel que vos presumís, pero, ¡ay de mí! también como vos creo que es difícil disculpar á los Ponce.

Hé aquí la causa de mi desesperación.

Por más que toda alianza debiera haber sido imposible entre su familia y la mía, hubiera querido haberlos sacado inculpables.

Tuve la convicción de que así sucedería.

Pedro Fáñez, el amigo, más que criado, de mi padre, infundió en mí esa convicción.

Él me ha dicho que los Ponce podrían demostrar su inocencia en los crímenes que se les atribuían, y me ofreció importantes revelaciones una vez que lograrse averiguar el paradero de ciertos papeles que, según me dijo, habíanle sido robados del lugar en que ocultos teníanlos muchos años hacía.

Pero los meses han pasado, y Pedro Fáñez no ha vuelto á parecer ni presentárseme.

¿Sabéis vos, Jerónimo Ruiz, dónde ese Pedro Fáñez puede hallarse?

—Lo ignoro, por más que le he buscado por cuantos medios á mi alcance han estado.

Y le busqué porque me consta que él, en efecto, conocía en todos sus pormenores los crímenes de los Ponce de León.

Esos papeles que dijo haberle sido robados, fuéronle

en efecto extraídos de su escondite por García del Pilar, quien los entregó á Delgadillo y éste los dió á Esperanza Ponce en pago de amorosas complacencias.

—Y esos papeles decían...

—No lo sé: ni yo los ví jamás, ni Pilar, ni Delgadillo han querido dar cuenta de ellos.

—No me engañéis, Jerónimo Ruiz.

—¿Por qué había yo de engañaros?

—Ved, Jerónimo Ruiz, que Pedro Fáñez presumía que vos hubieseis sido quien se los extrajo.

—Mintió Pedro Fáñez si lo aseguré así; se equivocó si simplemente lo supuso.

Vos me creeréis desde luego, cuando os diga que á lo que entiendo esos papeles perdían á los Ponce.

Si en mis manos los hubiera tenido ¿creéis que no los habría hecho valer contra los Ponce, odiándolos como los odio?

—Tenéis razón, pero y ¿si esos papeles en vez de condenar á los Ponce les hubieran sido favorables?...

—Os perdono la nueva ofensa que me hacéis, que destruida queda con el hecho de que si hubiéranles sido favorables á los Ponce, ellos habríanlos presentado al juez, lo cual no han hecho.

No, Catalina; no me creáis peor de lo que soy.

Si he lastimado, como viéndolo estoy, vuestro corazón, desenmascarando á los Ponce, hícelo por amor hacia vos, no por inútil odio contra esos desgraciados.

Pero no llaméis mi atención sobre circunstancias que bien pudieran constituir un tercero y reciente crimen de los Ponce.

Ellos sin duda han hecho desaparecer á Pedro Fáñez.

Ellos sin duda.

Al ir á continuar hablando, Jerónimo Ruiz detuvo sus palabras, suspendiendo la terminación de su frase.

Al pié de las ventanas de la habitación de Catalina, habiase dejado oír un agudo y prolongado silbido.

—Por qué os detenéis?—preguntó Catalina,—¿qué significa esa señal?

Sin contestarle por el pronto, Jerónimo Ruiz corrió á la ventana, la abrió y se asomó por ella, diciendo á la persona ó personas que abajo estaban.

—¡Allá voy, aguardad!

—¿Qué significa esto?—preguntó de nuevo Catalina.

—Ved,—contestó Jerónimo, llevando á la jóven á la ventana.

—Los mendigos que por recomendación vuestra viven días hace acogidos en esta casa.

—Los mismos son en efecto,—replicó Jerónimo:—casi puedo aseguraros que, vive ó muerto, con Pedro Fáñez hemos dado.

—¿Qué decidís?

—Perdonadme, Catalina, lo que voy á deciros.

Seguro yo de que Pedro Fáñez conoce en sus pormenores los crímenes de los Ponce, y temiendo que vos, por compasión hacia esos desventurados, me escondieseis al tal Fáñez, traje aquí á esos mendigos, para que, sin infundir sospechas, expiasen y descubriesen cuál pudiera ser su escondite.

Esos mendigos son un viejo y un muchacho su lazareto, que también aborrecen á los Ponce, porque uno de ellos hirió mortalmente al muchacho, quien llámase Bautista.

Con ellos convine en que una vez que descubrieran el escondite de Pedro Fañez, me avisasen por medio del silbido que acabamos de oír.

Sin duda ya lo han averiguado.

Permitidme, por lo tanto, que ocurra á su encuentro, y pronto sabremos á qué atenernos.

—Id, Jerónimo Ruiz,—dijo la jóven que en vano quería dominar su emoción.

Pronto Jerónimo Ruiz estuvo al lado de Ixtaolzín y Bautista.

—¿Qué hay?—preguntó impaciente.

—Hemos dado con el hombre que buscas.

—¿Pedro Fañez?

—Pedro Fañez, sí, el mismo.

—¿Dónde está?

—En la casa de los Ponce de León.

—¿Vivo!

—Vivo sí.

—¿De dónde salió para ir allá?

—Vino á caballo por el camino de México.

—¿Estáis seguros de que él es?

—Lo estamos.

—¿Como le conocisteis?

—Le reconocimos porque le nombró uno de los Ponce.

—¿Cuál de ellos?

—El mayor, Alvar.

—¿Pues qué le dijo? ¿dónde le esperaba?

—Entiendo que su encuentro fué una pura casualidad, porque al verle, el Ponce le dijo:

«Dios te envía á nosotros Pedro Fañez; mi pobre ma-

dre está desde anoche en agonía, y en medio de las ansias de la muerte, te llama á grandes voces y repite que no quiere morir sin hablarte.»

Pedro Fañez nada respondió, pero Bautista que no le quitaba la vista de encima, dice que se puso blanco como un cadáver y llorando como un niño, picó espuelas, y á todo escape caminó corriendo hacia la casa de los Ponce; allí se encuentra en este momento.

Jerónimo Ruiz sacó de entre los pliegues de su ropilla un grueso bolsón de seda, y entregándoselo á Bautista, corrió á su vez á dar á Catalina estas noticias.

Zumárraga y Hernán Cortés

MUCHO fué sin duda lo que mejoró la situación política y administrativa de la Nueva España con el gobierno de la segunda Audiencia; mas no por eso debe creerse que con su presencia quedaron remediadas las consecuencias de los abusos que por tantos años habíanse cometido.

La tranquilidad era apenas relativa.

Los descontentos eran muchos, y la inquietud no poca.

De un lado, los amigos de Cortés no veían con buenos ojos la escasa importancia á que reducido dejaban al conquistador los arreglos hechos por la emperatriz en las cosas de la Nueva España.

La Audiencia se mostraba en extremo celosa del afectuoso respeto que el marqués, según ya todo el mundo

le llamaba, inspiraba á los indios; y no veía de buen ojo su título de capitán general, ni estaba dispuesto á concederle mucha autoridad, según hace notar un eminente historiador.

A fin de quitarle importancia y hacerle comprender que no se le consideraba necesario, los oidores dejaban de consultar su parecer en asuntos de la gobernación y administración del reino, aun cuando estimasen que nadie como él podría informar mejor, y así lo escribió Salmerón á la córte.

De esta injusta predisposición participó el mismo presidente Fuenleal, quien al año siguiente escribió lo que en seguida copiamos: «Debe V. M. mandar que de cuatro hasta seis personas salgan desta Nueva España, entre tanto que se pone orden en ella, por ser de suyo alteradas y escandalosas: y si al marqués mandase V. M. llamar para aquel tiempo, creo que sería provechoso y aun necesario.»

Sin embargo, el gran héroe y grande hombre cuyos méritos tan indignamente querían desconocerse, por nadie ni ningún otro podía ser reemplazado, y así lo confesó la Audiencia, confiándole el difícil cargo de pacificar, reducir al orden y castigar á los indios que en diferentes provincias se alzaron contra los españoles, á quienes expiaban en los caminos, matándolos y robándolos.

Así perecieron, según dice el P. Cavo, al pié de doscientos.

Despechados los mexicanos con las vejaciones de que los hizo víctimas el gobierno de Matienzo y Delgadillo, y con el porte cruel de los encomenderos, y creyendo á los dominadores debilitados por sus mil rencillas y sus profundas divisiones, hacían secretas juntas, y concertaban

el modo de que todo el reino se revelase, cuando súpolo el Sr. Zumárraga y lo participó á la Audiencia, que amedrentada con el peligro, recorrió á Cortés, «porque era tanta la opinión y autoridad que entre los indios tenía que ningún castigo sufrirían de otra mano que en ellos fuera de provecho.»

No recibió en aquel tiempo mejor pago que Hernán Cortés, el venerable obispo D. Fray Juan de Zumárraga.

Por más que sus informes causaron en la córte tan grande sensación, que al decir de un cronista, la emperatriz vertió lágrimas leyendo la carta en que el obispo le pintaba el cuadro de los abusos de los gobernadores y de la desolación y padecimientos de los indios, la córte no creyó exento de toda culpa al prelado, y con los ministros de la segunda Audiencia le envió una carta de reprensión, que el santo varón recibió y contestó con una humildad que raya en heroísmo é impone respeto y admiración hacia su virtud.

En esa contestación manifiesta que todo lo da por bien empleado, en vista del nuevo orden puesto en los asuntos de la Nueva España, y dice:

«Cuando estos oidores me dieron la carta que digo, de S. M., les respondí, que si me mandara azotar en un asno por esta plaza y me mandara dar muy mayor pertinencia, yo no podría perder el gozo que tengo en mi alma, por vér así la redención de la tierra, y pues V. M. no me quiso mandar castigar, pienso que se tuvo consideración al tiempo y á los enojos y á los peligros en que me puse por cumplir lo que se me mandó y yo debía.»

«Ignoraba entonces,—dice el Sr. Icazbalceta,—que aun no había acabado de pagar tan loable satisfacción, pues cuando debía creer que la reprensión recibida bas-

taba para castigo de las faltas que se le imputaban, llegaron los procuradores, al mismo tiempo que el presidente Fuenleal, y le entregaron cédula real, fecha á 25 de Enero de 1521, en que se le mandaba *que dejando todo se presentara inmediatamente en la córte*. A una conciencia tranquila como la suya no podia causar sobresalto tal orden: pero grande amargura debió sentir el buen obispo al recibir tan triste recompensa de su fidelidad, de su entereza, de los gravísimos disgustos sufridos en defensa de la buena causa, sin esperanza ni deseo de provecho propio. Háse dicho que la emperatriz le llamó para que informara acerca del estado de la tierra, y se consagrarse allá; pero un documento recientemente publicado, hace ver que los términos del mandamiento no eran tan favorables como se supone. De otra suerte no hubiera causado á los franciscanos tanto sentimiento como muestran en una carta que dirigieron al emperador. Allí se ve que el llamado del señor Zumárraga á la córte, se consideraba como un triunfo para sus enemigos, y como una confirmación del destierro que los oidores pasados habían llegado á imponerle. Si se trataba de ir á consagrarse, no dijeran los misioneros que la carta había sido *«un cuchillo que ha traspasado nuestros corazones,»* ni manifestaran su creencia de que vendría otro obispo.»

Pasaba esto en Octubre de 1531: el presidente Fuenleal había arribado á Veracruz el 23 de Setiembre anterior.

Así, pues, si la situación había mejorado en parte con haber sido separados de ella Matienzo y Delgadillo, no or eso era bonancible.

Por más buena opinión que de los oidores se tuviese,

nadie olvidaba que de sus predecesores tampoco se creyó que fueran malos, al saberse su venida; y esto, no obstante, habían superado en infamias y maldades á los mismos oficiales reales Salazar y Chirinos.

¿No era natural temer que los nuevos se dejasen influir por los antiguos, como éstos lo habían sido á su vez en su día?

Para nadie era un secreto, que, celosos de su autoridad, procuraban restringir cuanto les era dable, la muy escasa otorgada por los reyes al conquistador.

Este, que siempre fué prudente, sufrido y fiel á carta cabal, no dió á su enojo toda la extensión que había podido darle; pero sus amigos andaban disgustados é inquietos y partidarios del marqués eran cuantos en la conquista le acompañaron, esto es, los principales vecinos, y casi la totalidad de los naturales, que si de él habían sufrido más ó menos durante la guerra, en él veían un grande hombre, un gran general, un gran juez, y un gran amigo y benefactor, desde que terminada la conquista de la tierra se consagró á mejorarla y civilizarla, cobrándole un amor entusiasta y paternal.

A este tributo de admiración y cariño al héroe, unían en su corazón los naturales, el inmenso respeto, el acendrado cariño que los frailes merecíanles, por su ejemplar y cristiana conducta para con ellos.

¿Cómo habrían de haber desconocido los innumerables beneficios que debían á los venerables franciscanos?

¿Cómo habrían podido olvidar el valor cristiano con que toda clase de atropellos y disgustos soportaban, por tal de defender á los indios?

La abnegación del obispo ¿era acaso un secreto para nadie?

¿Cómo no dolerse de las injurias inferidas al señor Zumárraga, á aquel varon admirable que, anciano y enfermo, no conocía la fatiga en el momento en que era indispensable acudir en socorro de sus ovejas?

¿Cómo no amar á aquel humilde pastor que vivía en la suma escasez, no sólo porque los gobernadores le habían privado de todos sus elementos, sino porque daba cuanto llegaba á adquirir, á los pobres y á los necesitados, sin guardar nada para él?

Su morada obispal era una pobrísima morada, que ningún español tenía, no diré peor, pero ni si quiera tan mala.

Cuéntase que una vez puso en sus ventanas unas miserables cortinas de tela blanca de algodón: díjosele que aquello era tratarse como rey, y el buen obispo encontró justa la advertencia, y quitando sus cortinas, las dió á los pobres para que de su tela se vistiesen.

¿Y á un tan santo varón se le lastimaba al grado de mandársele presentarse sin dilación en la córte, como á un criminal cualquiera, sin tener en cuenta su mucha edad y las dificultades y peligros de un viaje largo y molesto por mar?

Los naturales no creían menos sino que se les quitaba el obispo, para dejarlos sin defensor contra los abusos que sin duda se les preparaban.

«Sin duda, decían, estos abusos convienen al rey, que sólo desea explotarnos.

»¿Qué va á ser de nosotros cuando ese santo háyase marchado, si aun estando aquí no puede evitar que fuésemos, como hemos sido, maltratados y oprimidos?»

Estas voces y estas quejas de los indios llegaron á noticia de la Audiencia, y no puede negarse que mucho de-

bieron influir en que el Sr. Zumárraga, tan sumiso y obediente á las órdenes reales, dilatase como dilató varios meses su salida para España.

La orden era terminante y en ella se le decía que dejando todo se presentase en la córte.

¡Y hay quien haya dado crédito á la falsa especie propalada por los enemigos del obispo y de los frailes de que ellos pensaron haber independido al nuevo reino, y gobernarle teocráticamente, á semejanza de ciertas misiones entre los infieles!

Especie ridiculamente falsa fué ésta.

Los frailes y el obispo fueron quienes avisaron á la Audiencia los conatos de rebelión que D. Hernando Cortés sofocó, como ya hemos apuntado: empresa que sólo él pudo terminar felizmente: «porque era tanta la opinión y autoridad que tenía entre los indios, que ningún castigo sufrieran de otra mano que en ellos fueran de provecho.»

En la historia de aquella época nada hay tanto que admirar como la abnegación sin ejemplo del Sr. Zumárraga, de los padres franciscanos, y del gran conquistador D. Hernando Cortés.

Capítulo IV

Camino de la capital

IXTAOLZÍN no aguardó á Jerónimo Ruiz, y dejando á éste que como pudiera se las aviniese con los Ponce y Pedro Fañez, guiado por Bautista, tomó á buen paso el camino de Tezcoco, atravesó sin detenerse la ya floreciente población y siguió adelante en dirección á la capital.

Después de un larguísimo silencio que casi había ya secado la boca del muchacho, el sacerdote le preguntó:

—¿Está muy alto el sol todavía?

—¿Alto?—replicó Bautista;—mucho rato hace ya que se escondió detrás de las montañas.

—¿Pero aún hay luz de día?

—Sí que lo hay; pero por mucha prisa que queramos darnos, llegaremos ya de noche á México.

—¿Tanto distamos aún?

—No distamos mucho, pero la luz es poca.

—Con tal que no encontremos cerradas las puertas...

—No; eso no, no es tan tarde para eso.

—¿Te has cansado ya?

—No, pero siempre que corro como ahora, siento un fuerte dolor en el hombro: parece que la herida va á abrirse de nuevo.

—No temas nada, hijo mío; Tenoch asegura que estás perfectamente curado, y yo, que hace muchos años le conozco, sé que no debe dudarse de lo que él asegura.

—Ojalá no se equivoque, pero repito que por poco que me agite en el acto el dolor se reproduce.

—Es que la herida fué más grave y peligrosa de lo que en un principio la creímos.

¡Ah! ¡malditos Ponce! en poco estuvo, según dice Tenoch, que te hubiesen causado la muerte.

Pero, créelo, bien te hemos vengado.

Jerónimo Ruiz me ha dicho que nos debe más que al padre que le engendró, y que gracias á nosotros pronto se quitará de enmedio á esos enemigos.

—Si vieras que no me simpatiza nada ese rencoroso español.

Siento mucho, muy de veras, que le hayamos hecho nuestro amigo.

Me agradaban muchísimo más los Ponce, á los cuales tú tenías por amigos, mientras, en tanto que ahora los aborreces de muerte.

—No lo niego; desde que te hirieron los odio.

—Sólo parece que me hirieron con deliberada intención de hacerme mal.

No, no fué así, y siento muy de veras que mientras yo estuve privado de sentido con la fiebre, hubieras hecho amistad con ese Jerónimo Ruiz.

—Ya te he dicho que mientras estuviste enfermo te trató y me trató con el más grande cariño.

—Ya, sí, porque necesitaba de nosotros.

—Todos los españoles necesitan de los indios, y ya sabes que no por eso los tratan con cariño.

—Será lo que tú quieras, pero yo no estoy contento de mí:

—¿Por qué?

—Porque creo que hemos hecho mal en haberle buscado, como le hemos buscado, á ese Pedro Fañez.

—¿Eso dices cuando la noticia te ha valido ese grueso bolsón de monedas de oro españolas?

—¿Qué, también esto es para mí?

—Sí, hijo mío; ya sabes que yo no quiero nada, absolutamente nada, de los españoles.

—En verdad que eres un curioso mendigo: pides limosna y no haces uso de lo que te dan.

Y no haces uso de ello y nunca sin embargo carecemos de cosa alguna.

—Ya te he dicho que no quiero que me hables de eso, y recuerda que tú me has prometido no meterte en averiguar cosa alguna de las que en mí llamen tu atención.

—Así es en efecto; pero la verdad: de algunos días á esta parte mi curiosidad se ha excitado más que de ordinario, y francamente tengo miedo de que el mejor día me ahorquen.

—¡Tontería!

—No me lo parece; tu médico Tenoch se me ha hecho sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—No lo sé, pero aunque no pueda darme cuenta de

lo que entre los dos habláis, pues en vuestras conversaciones hacéis uso de un idioma que no conozco, no obstante, he sospechado que algo malo ó peligroso tramáis.

En la conversación que hoy tuvisteis distinguí claramente varias veces la palabra *Tepeyac*, y como sea que ya va picando demasiado mi curiosidad la frecuencia con que me haces conducirte al tal cerro, y más que esa frecuencia las raras cosas que allí suceden...

—¿Qué cosas son esas?

—No entiendes ¿eh?

—No por cierto.

—Pues sábetelo que por tonto que me supongas, no lo soy tanto que no haya visto...

—¿Qué cosa?

—Que una de tantas veces que en el cerro te me desapareciste...

—¿Concluye!

—Fué, porque á modo de cohete, te escondiste en una especie de cueva medio oculta entre los matorrales.

—Y qué, ¿entraste tú allí?

—No, porque la verdad es que no te ví entrar, sino salir de ella.

—Pues bien; es cierto todo eso,—replicó Ixtaolzín sin incomodarse con Bautista;—y me alegro que tú mismo me hayas hablado de eso: tenía pensado habértelo dicho hoy mismo.

—Vaya, pues, me alegro que así sea; porque, francamente, mi curiosidad era mucha y la contenía sólo por no incomodarte.

—Pues sí; es cierto que en Tepeyac tengo yo cierto escondite.

—¿Y qué escondes en él?

—Escondo esas cantidades de tejidos de plata y oro que de vez en cuando vendemos para vivir de su producto.

—¿Y por qué hasta hoy nada me habías dicho?

—¿Acaso no he tratado siempre de portarme bien contigo, para que de mí no desconfíes?

—Muy cierto es; pero qué quieres; soy yo demasiado viejo para no ser suspicaz y desconfiado, y eres tú muy niño para que yo no tuviese, en apariencia siquiera, motivo para desconfiar.

Hoy ya es otra cosa; creo conocerte lo bastante para temer de tí una traición, que á tí tanto como á mí perjudicaría.

Ya te he contado varias veces que allá, tiempo atrás, quise haber hecho de un hijo de nuestros antiguos reyes, el libertador de nuestra oprimida tierra.

Aquel infeliz no estimó como debía mis trabajos, y me abandonó para entregarse en cuerpo y alma á los españoles.

Mucho há que te ofrecí hacer por tí una cosa semejante, si respondías á mi afecto como es justo y natural que responda quien, como tú, lleva en sus venas sangre noble é ilustre.

—Confieso que mucho me ha envanecido en mi interior, eso que ahora repites; pero francamente, creo que me engañas ó te burlas de mí.

—Ni una ni otra cosa he hecho, y esta noche vas á tener una prueba clara y evidente.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¡Explicáte!

—Ahora no; creo que nos hallamos ya muy cerca de la capital.

—La puerta está á cincuenta pasos de nosotros.

—Pues callemos entonces, y volvamos á fingir nuestro oficio de mendigos: importa mucho que nadie sospeche de mí.

Bautista no hizo observación alguna, y tomando un aire suplicante, guió á Ixtaolzin hasta la puerta de la capital, mezclándose á los numerosos grupos de gentes que á toda prisa entraban en ella, antes que los centinelas lo estorbasen.

—¿Ya estamos dentro?—preguntó el sacerdote.

—Sí, ya lo estamos,—contestó Bautista.

—Pues adelante, que nos importa mucho llegar al otro extremo lo más pronto posible.

Vamos á prisa, y cuando alguien se acerque á nosotros, ya lo sabes, extiende tu mano é implora la caridad.

Bautista no dejó de obedecer la recomendación, y pocos pasos más adelante Ixtaolzin le sintió detenerse y le oyó decir con voz compungida:

—Padre, padrecito, y vos caballero, tened compasión de este pobre ciegucecito: ¡una limosna por amor de Dios!

—Toma, hijo mío,—contestó uno de los hombres á quienes Bautista había suplicado,—y el Señor sea con vosotros.

Al oír aquella voz, Ixtaolzin se estremeció de tal manera que Bautista lo notó, y volviéndose hacia él le preguntó:

—¿Qué es eso, padre, os vuelve el accidente?

Ixtaolzin no contestó, pero en cambio la misma voz que habíale estremecido, dijo con interés afectuoso:

—Qué, ¿ese pobre viejo es vuestro padre?

—Sí, padrecito, mi padre es y padece unos accidentes horribles: no hace mucho, en el camino, le dió uno espantoso; creí que se me moría.

—¡Pobre hombre!—dijo una tercera voz, la del que Bautista había llamado caballero.

Esta segunda voz produjo en Ixtaolzin efecto igual al de la primera.

—¡Vámonos!—dijole bajo, muy bajo, á Bautista.

El muchacho comprendió que algo grave pasaba al viejo, y dando gracias por la limosna recibida saludó y siguió adelante...

—¿Qué os pasa, Fray Martín?—preguntó el caballero al ver que su acompañante permanecía como clavado en el piso.

—No lo sé,—contestó el interpelado,—pero podría jurar por el santo nombre de Dios, si á mí me fuera permitido jurar, que ese mendigo ciego es el desventurado Ixtaolzin.

—¿Será posible?

—Sin duda lo es: algo he percibido, así como un aviso del cielo...

—¿Queréis que le alcancemos?

—No, D. Martín Tezomotli, pero si deseo que le sigamos sin que él lo note.

Mientras esto hablaban Fray Martín de Valencia y el antiguo príncipe Tezomotli, pues ellos en efecto eran, Ixtaolzin preguntaba á Bautista:

—¿Eran, no es cierto, un fraile franciscano y un indio vestido á la española, es verdad?

—Sí, lo es.

—Lo había adivinado; por eso me estremeci de terror.

—¿Por eso?

—Sí, por eso; porque ese fraile, es Fray Martín de Valencia, y ese indio es el príncipe de que hace poco te hablaba, el traidor Tezomotli, hijo de Cuitlahuac, décimo rey de México.

¡Aprisa, aprisa: alejémonos de ellos!

Capítulo V

Un último esfuerzo

Hoy el padre Valencia y D. Martín Tezomotli, acababan de volver á México viniendo del pueblo de Tolpetlac, en el cual el segundo había adquirido grandes terrenos que tenía arrendados á los indios.

Fray Martín de Valencia que, como hemos dicho en otra ocasión residía fuera de la capital, nunca que á ella viniera dejaba de acudir á visitar á su ahijado D. Martín Tezomotli, que se consideraba el hombre más feliz de la tierra desde que el cielo había bendecido su matrimonio con la hermosa D.^a Beatriz de Saavedra, concediéndole un niño, al cual, como era natural, amaba con idolatría, que nunca los padres dejan de amar á sus hijos así.

Sin dejar su casa de México, D. Martín con su familia residía largas temporadas en dicho pueblo de *Tolpet-*